

JUÁREZ Y LA ARMADA NORTEAMERICANA

Richard Blaine McCORNACK

CON LA RENDICIÓN de Appomattox no sólo quedó sellado el destino de los Estados Confederados, sino también decidida la suerte del malhadado imperio de Maximiliano. A instancias de Matías Romero, embajador de México en Washington, el gobierno norteamericano envió a Texas a varios regimientos de uniforme azul. El despliegue de fuerza que significaban estas tropas alineadas a lo largo del río Bravo influyó, naturalmente, en el ánimo del Emperador de los franceses, cuyos soldados eran el sostén más importante del trono de Maximiliano. A partir de ese momento se hizo inevitable la salida del ejército francés, y todos los historiadores reconocen la deuda que contrajo el presidente Benito Juárez para con el ejército de los Estados Unidos.

Poco conocido, en cambio, es el hecho de que en dos ocasiones distintas las fuerzas marítimas de los Estados Unidos intervinieron activamente en favor del gobierno republicano liberal de Juárez. En un caso, la armada norteamericana ayudó al caudillo mexicano a vencer ciertas peligrosas amenazas contra su régimen, y en el segundo salvó positivamente al gobierno de Juárez de su total destrucción. Entre los dos episodios media un lapso considerable, pero ambos ocurrieron en las mismas aguas: las del puerto de Veracruz. El primero es el incidente de Antón Lizardo (1860), y el segundo, el intento de Santa-Anna por regresar al poder en 1867.

I. EL INCIDENTE DE ANTÓN LIZARDO

LA SITUACIÓN del régimen de Benito Juárez a comienzos de 1860 no podía ser más desesperada. El gobierno liberal se hallaba confinado en el puerto de Veracruz, donde se sentía

con violencia cada vez mayor el cerco de los ejércitos del presidente conservador, Miguel Miramón. Es verdad que algunas tropas liberales, en distintos puntos del país, hostigaban esporádicamente a las fuerzas conservadoras, pero la única esperanza de los liberales era seguir resistiendo en Veracruz para poder recibir armas y municiones del extranjero. En el momento en que el puerto cayera, la victoria de los conservadores sería completa.

El régimen de Miramón había sido reconocido como el gobierno legítimo de México por casi todas las potencias europeas y por muchas de las repúblicas hispanoamericanas, pero los Estados Unidos, que al principio habían otorgado su reconocimiento a los conservadores, lo habían retirado más tarde. Por órdenes del presidente Buchanan, el secretario de Estado Cass envió a Veracruz a Robert McLane, ciudadano de Baltimore, el cual entabló charlas con Melchor Ocampo, secretario de Relaciones Exteriores de Juárez, a fin de estipular un tratado de amistad.

Creyendo, muy apresuradamente, que Juárez estaría dispuesto a conceder muchas de las peticiones que le hacía por órdenes de Washington —sobre todo el derecho de tránsito a través del Istmo de Tehuantepec, la cesión de la Baja California y la autorización de que las fuerzas de los Estados Unidos pasaran a través de los Estados mexicanos nortños—, McLane garantizó un reconocimiento formal del gobierno de Juárez el 6 de abril de 1859. Ocampo escribió a los gobernadores de los Estados liberales: "Comienza con la debida dignidad la vida exterior de la administración del Excmo. Sr. Juárez".¹ Una vez logrado el reconocimiento, McLane y Ocampo se dedicaron a discutir formalmente los demás asuntos. A partir de ese momento, los Estados Unidos tuvieron profundo interés en mantener viva la causa liberal en México.

Las negociaciones de McLane se prolongaron durante casi todo ese año, y el tratado final se firmó el 14 de diciembre. Los mexicanos pudieron rechazar las propuestas de los nortamericanos en lo referente a la Baja California, por en cambio otorgaron a perpetuidad el derecho de paso a través del Istmo de Tehuantepec y de los Estados nortños, lo mismo que el

derecho de que los Estados Unidos hicieran uso de sus fuerzas militares para garantizar la seguridad de esos tránsitos.² A pesar de la insistencia del presidente Buchanan, el Senado no ratificaba el Tratado McLane-Ocampo, a causa de las crecientes pugnas internas.³

Lo que apresuró la firma del tratado en diciembre de 1859 puede haber sido la noticia de que el gobierno conservador había comprado en la Habana dos barcos de vapor. Era ésta la amenaza más seria para los liberales. Si su fuente de abastecimiento de armas quedaba bloqueada —maniobra fácil de realizar con uno o dos barcos, puesto que la armada liberal no existía siquiera—, el régimen de Juárez no tardaría en caer. Miramón supo lo que hacía cuando envió a Tomás Marín a Cuba con amplios poderes para comprar dos buques y conseguir la tripulación y el equipo necesarios para efectuar un ataque marítimo contra Veracruz, que se coordinaría con un avance general de las fuerzas conservadoras que sitiaban por tierra el puerto.⁴

Marín prestó buen servicio a la causa conservadora. Por la suma de 70,000 pesos compró el Paquete Correo Número Uno, rebautizado en seguida con el nombre de "General Miramón", y por 50,000 pesos adquirió el "Marqués de la Habana". El "Miramón" izó la bandera mexicana; Marín mismo asumió el mando y reclutó unos ciento cuarenta aventureros de todas nacionalidades para que lo tripularan. El "Habana" continuó con la bandera española y al mando de su antiguo comandante en jefe, el capitán Arias, de la marina mercante española. Otro barquito español, el "Concepción", fue fletado para llevar municiones a las tropas conservadoras, pero no pudo zarpar a tiempo, y los otros dos buques partieron sin esperarlo.

A LAS TROPAS conservadoras que sitiaban Veracruz se les había dado aviso de que durante los primeros días de marzo debían lanzar un ataque en toda la línea, coordinado con un bombardeo del puerto por los dos buques provenientes de la Habana. Durante los últimos días de febrero, los conservadores avanzaron en varios lugares y ocuparon posiciones

ventajosas, en las cuales empezaron a instalar su artillería y a levantar trincheras. El 27 de febrero el "Miramón" y el "Habana" zarparon del Castillo del Morro y se dirigieron a Veracruz. Dos días después fallaron las máquinas del "Habana", y Arias se vio obligado a izar las velas y torcer el rumbo hacia el puerto de Sisal, en Yucatán, donde ancló el 1º de marzo. Hechas las composturas necesarias, el "Habana" navegó a lo largo de la costa hasta un lugar cercano a Veracruz, donde esperaba el "Miramón". Juntos ya, los dos barcos pasaron con cautela por la boca del puerto, al lado de la lúgubre fortaleza de San Juan de Ulúa, que desde los primeros tiempos de la Colonia había custodiado la entrada del puerto. Desde la fortaleza se disparó un tiro de advertencia, pero los navíos, ya sin banderas, aceleraron la velocidad y pasaron hacia el Sur del puerto, para anclar, sin ninguna avería, cerca del sitio llamado Antón Lizardo. Se estableció en seguida el contacto con las fuerzas conservadoras de tierra. Dos enviados del general Robles Pezuela subieron a bordo del "Miramón"; dijeron a Marín que al día siguiente el "Habana" cambiaría su matrícula española por la mexicana y que no tardarían en recibir órdenes para el ataque. Al caer la noche, ese día 6 de marzo, las tinieblas parecían simbolizar el ocaso de las esperanzas liberales.⁵

El gobierno de Juárez, informado a tiempo sobre la misión de Marín en la Habana, no se había cruzado de brazos. Después de haber hecho amplias concesiones a los Estados Unidos, Juárez podía esperar que éstos encontraran algún modo de ayudar al gobierno liberal, conjurando esa amenaza de destrucción total. En una declaración del 25 de febrero de 1860, los caudillos liberales afirmaron que los dos barcos debían ser considerados y tratados como piratas por los barcos nacionales y por los de las naciones amigas.⁶ Los liberales fletaron además dos pequeños vapores norteamericanos, el "Wave" y el "Indianola", para el transporte de tropas y municiones. El cónsul norteamericano protestó contra esto, provocando la ira de los liberales a tal punto que le retiraron el exequátur, medida aceptada más tarde por el gobierno norteamericano.⁷

En ese justo momento aparecieron los dos barcos conservadores en Antón Lizardo, precipitando así la crisis.

El capitán Joseph R. Jarvis, comandante de la chalupa norteamericana "Savannah" y oficial naval en Veracruz, viendo que los dos navíos se negaban a reconocer las señales dadas desde la fortaleza de San Juan y no izaban ninguna bandera, decidió averiguar su identidad. Encargó de esta tarea al vapor norteamericano "Saratoga", capitaneado por el comandante Turner. Como el viento soplaba directamente desde el Sur, los norteamericanos aceptaron en seguida el ofrecimiento que los liberales les hicieron de prestarles el "Wave" y el "Indianola" para efectuar el remolque. Turner colocó un destacamento de cerca de treinta y cinco marineros y soldados de la marina en cada uno de los buques remolcadores y salió del puerto al atardecer del 6 de marzo. Desde el puerto hasta Antón Lizardo había veinticuatro kilómetros, y los buques no llegaron hasta la media noche. Al acercarse a Antón Lizardo, la luz de la luna llena les permitió ver dos navíos. Turner se encaminó directamente hacia ellos y ordenó al piloto que anclara al "Saratoga" entre ambos. Acababa de llegar a esa posición y de ordenar que se soltara el remolque cuando desde los buques remolcadores le gritaron que el barco extranjero más grande estaba tratando de escapar por el paso meridional. Turner ordenó a sus dos pequeños acompañantes que lo persiguieran, y desde la proa del "Saratoga" le disparó un tiro de advertencia. Para gran sorpresa de Turner, el "Wave" y el "Indianola" se vieron atacados por un pesado fuego de fusiles y mosquetes; por otra parte, recibió aviso de que el segundo navío estaba soltando su maroma. El "Saratoga" disparó inmediatamente una andanada contra el buque, y entonces éste izó la bandera española. El "Wave" y el "Indianola" perseguían entre tanto al primer barco, que luego resultó ser el "Miramón"; al ver que no podía llegar al pasaje meridional, su comandante lo hizo girar violentamente y pasar junto al "Saratoga", tratando de abrirse camino hacia el pasaje septentrional. Turner no pudo ayudar a sus dos buques auxiliares en su persecución, pues el fuego del "Saratoga" podía ponerlos en peligro, aunque es verdad que un acertado disparo del

"Saratoga" logró echar abajo la chimenea del "Miramón". El "Wave" y el "Indianola" cercaron al "Miramón", cuyo comandante lo hizo encallar. Los gritos de júbilo informaron a Turner de que sus hombres estaban abordando el "Miramón". Pudo entonces concentrar su atención en el navío que tenía a su lado, el "Marqués de la Habana".⁸

Cuando se le avisó que el "Habana" estaba lanzando fuego de fusilería, Turner ordenó que se le disparara otra andanada y en seguida hizo que uno de sus oficiales abordara el buque y trajera al comandante. Era éste el capitán Arias, quien dijo a Turner que sólo se le había comisionado para transportar provisiones y municiones y que él había hecho todo lo posible por impedir que su tripulación disparara sobre el "Saratoga". Sin embargo, las declaraciones de varios tripulantes del "Saratoga" y del "Miramón" hicieron ver que los disparos se debieron a los mismos oficiales o a las órdenes dadas por ellos.⁹

El "Habana" y el "Miramón" fueron enviados como presa a Nueva Orleans, escoltados por el comandante Thornton A. Jenkins en el navío "Preble".¹⁰ Una vez llegados, se dejó en libertad a las tripulaciones, pues se las creyó ignorantes del objeto verdadero de la empresa en que se hallaban comprometidas. El Departamento de Estado autorizó a McLane a informar al gobierno de Juárez que la captura había sido "adecuada y plenamente justificada por las circunstancias". Más tarde el tribunal de Nueva Orleans daría orden de que se devolvieran los buques y la carga a sus propietarios. El tribunal declaró que los navíos tenían derecho a que se les tratase como neutrales, que la captura era una violación del derecho internacional y que podía hacerse al gobierno de los Estados Unidos la acusación de haber intervenido en los asuntos mexicanos de manera partidarista.¹¹ Los tribunales superiores no hicieron después sino confirmar el fallo.

Pero el gobierno de Juárez se había salvado. Juárez mismo reconoció de buena gana la importancia de esa ayuda a la causa liberal. Después del incidente de Antón Lizardo, escribía a un amigo celebrando el triunfo de la "sagrada causa" y la alianza con la gran nación vecina, aunque lamentando que la gran

familia liberal no hubiera podido pulverizar a la reacción por sí sola, sin ayuda del extranjero.¹²

El violento ataque que las fuerzas conservadoras lanzaron contra Veracruz la noche del 6 de marzo, coordinado sin duda con la llegada de los dos navíos, pudo ser rechazado; a partir de ese momento, la creciente fuerza de los liberales en el interior y la firme posesión del puerto de Veracruz, que los unía con el exterior, fue inclinando inexorablemente la balanza hacia el lado del régimen de Juárez. Miramón fue sufriendo derrota tras derrota, hasta que, en diciembre de 1860, huyó del país. A comienzos del siguiente mes Benito Juárez y sus ministros regresaron a la capital, al parecer sin darse cuenta de que ya estaban congregándose una serie de fuerzas que pronto constituirían una amenaza, mucho más grave que la conjurada en Veracruz con ayuda de la marina norteamericana.

II. SANTA-ANNA

MENOS CONOCIDO en sus detalles que el incidente de Antón Lizardo es quizá la intervención, en 1867, de un buque de la marina estadounidense para impedir que desembarcara en Veracruz el más tempestuoso caudillo de la historia mexicana del siglo XIX: Antonio López de Santa-Anna. Los primeros meses de ese año fueron realmente dramáticos; la lucha llegaba a su punto culminante, y en ella se jugaba nada menos que el destino del pueblo mexicano. Bajo la presión de varias fuerzas, entre ellas las exigencias cada vez más insistentes del secretario de Estado Seward, el emperador Napoleón III retiró del territorio mexicano al último soldado francés en marzo de ese año. Desaparecido este sostén de su trono, no podía pasar mucho tiempo sin que las escasas tropas extranjeras y mexicanas que quedaban al servicio del emperador Maximiliano de Habsburgo sucumbieron ante la fuerza más y más temible de los liberales. Había, sin embargo, un grupo de tenaces conservadores que, viendo que el breve experimento de gobierno monárquico estaba a punto de fracasar lamentablemente, juzgaron necesario un último esfuerzo para con-

gregar a los mexicanos antiliberales en torno al jefe que los había guiado tantas veces en el pasado. Y tenían la esperanza de que, a pesar de la ayuda abierta que el gobierno norteamericano estaba prestando a Juárez y a sus fuerzas, muchos altos funcionarios de Washington aceptaran con gusto la noticia de que Santa-Anna se hallaba de nuevo en la silla presidencial.

Cuando se anunció la creación del imperio, Santa-Anna se había apresurado a declarar públicamente su adhesión a Maximiliano y a congratularse por su subida al trono. Abandonando la isla de Santo Tomás, se dirigió a México, con la evidente esperanza de que se le nombrara Duque de Veracruz, pero Maximiliano y su gobierno temían a Santa-Anna y no tardaron en encontrar un pretexto para hacerlo volver a su destierro. Amargado por el trato que se le había dado, Santa-Anna se puso a idear la manera de constituirse en jefe de las fuerzas anti-francesas sin prestar su apoyo a los liberales, que lo habían echado del poder en 1855. Santa-Anna andaba ya en los setenta, y aquellas facultades que en otros tiempos le habían permitido varias veces crear gobiernos y ejércitos al parecer de la nada, se hallaban ahora bastante embotadas. Se convirtió en un instrumento en manos de unos cuantos hombres ambiciosos y sin escrúpulos, que vieron la posibilidad de hacerse ricos y poderosos agarrándose a los faldones de su casaca.

Santa-Anna seguía desterrado en Santo Tomás en 1866, cuando recibió una inesperada visita: la del secretario de Estado Seward. Matías Romero, embajador de Juárez en Washington, había temido que el viaje de Seward a las Indias Occidentales en ese preciso momento tuviera por objeto llegar a un acuerdo con Santa-Anna. Mucho se discute acerca de qué ocurrió durante esa entrevista. Seward afirmó que se trataba de una "visita de cortesía a un enemigo derrotado"; pero Santa-Anna dijo más tarde que Seward había estado de acuerdo con él en la necesidad de expulsar a los franceses de México y que le había ofrecido su protección. Según Santa-Anna, las últimas palabras del secretario de Estado fueron: "Mi general, ¡a México!"¹⁸ Sea como fuere, Santa-Anna se

puso en seguida a hacer preparativos para su viaje a los Estados Unidos, donde podría estar cerca de lo que él creía un apoyo en su intento de recobrar el poder.

En todo este asunto Santa-Anna parece haber sido la víctima, casi impotente, de un fraude. La cosa comenzó aun antes de que saliera de Santo Tomás. Sus "agentes" en los Estados Unidos le enviaron una carta que llevaba la firma falsificada del secretario de Estado, y en la cual se decía que la Cámara de Representantes había aprobado un préstamo de cincuenta millones de dólares a México, treinta de los cuales corresponderían a Santa-Anna; se esperaba la aprobación del Senado, y se le instaba a ir a los Estados Unidos lo antes posible. Sus agentes le hicieron pagar una enorme suma para fletar un barco que lo llevara a Nueva York,¹⁴ y en mayo de 1866 llegó Santa-Anna a Staten Island, donde habría de permanecer durante un año, esperando en vano el dinero, las armas y los hombres que, según le habían prometido sus agentes, le proporcionarían los Estados Unidos. En noviembre escribió directamente al presidente Andrew Johnson pidiéndole su apoyo y afirmando que tenía ciertos informes que suministrarle y que debía dárselos personalmente. Seward le contestó que toda la correspondencia relativa a México debía enviarse por conductos normales, y que la correspondencia que él había iniciado no podría continuar.¹⁵

Los documentos oficiales no nos dicen nada acerca de esos informes complementarios que quería suministrar Santa-Anna, pero ciertos documentos del archivo de John T. Pickett, conservados en la Biblioteca del Congreso, nos dan la clave. Santa-Anna había caído en manos de un húngaro, Gabor Naphegyi, que se daba a sí mismo el título de "agente confidencial" del general mexicano. Naphegyi se dio cuenta de que Santa-Anna necesitaba tener influencia para que su caso fuera estudiado por el gobierno de Washington, y contrató como "consejero jurídico" de Santa-Anna a un hombre que entonces gozaba de enorme influencia en Washington, el senador Reverdy Johnson, de Maryland, a quien se debió en gran medida la absolución del presidente Johnson de los cargos que le lanzó la Cámara de Representantes.¹⁶ Reverdy Johnson convino en

usar su influencia en apoyo de Santa-Anna, para lograr el reconocimiento de su gobierno en cuanto volviera al poder y para procurar que contara con la buena voluntad de los Estados Unidos en su intento de recobrar la presidencia de México. A cambio de esto, Santa-Anna, una vez en el poder, vendería a los Estados Unidos la Baja California y Sonora, por una suma no especificada. Sin embargo, esa suma no iría a formar parte del tesoro mexicano, sino que se emplearía ante todo para pagar las reclamaciones de ciertos ciudadanos norteamericanos contra México, reclamaciones que serían jurídicamente determinadas por una comisión mixta de reclamaciones.¹⁷ En el archivo de Pickett se conserva el borrador de otro memorándum, redactado en términos análogos, preparado evidentemente para que fuera firmado nada menos que por Andrew Johnson, puesto que, según se dice en el documento, sólo cuatro personas debían conocerlo: Santa-Anna, Naphegyi, Reverdy Johnson y una cuarta persona que no se nombra.¹⁸ No cabe duda de que Santa-Anna estaba dispuesto a ceder una gran extensión del territorio mexicano con tal de obtener el apoyo del gobierno norteamericano en su esfuerzo por recobrar el poder.

No se sabe qué llevó a Santa-Anna a embarcarse en un buque norteamericano, el "Virginia". Quizá fuera la noticia de la caída de Querétaro y de la captura de Maximiliano por el general Escobedo y el ejército liberal, o bien porque sus agentes le aseguraron haber obtenido la aprobación del gobierno de los Estados Unidos. En todo caso, el "Virginia" salió de Nueva York el 22 de mayo de 1867, llevando a bordo a Santa-Anna, a su suegro y secretario Luis G. Vidal y Rivas, y a un séquito de tres o cuatro individuos, llamados indistintamente "intérpretes" u "oficiales prusianos". La intención de Santa-Anna era presentarse en Veracruz, que seguía en manos de las fuerzas imperiales y que había sido el escenario de muchos de sus pasados triunfos; aquí izaría la bandera del republicanism conservador, confiando en su buena suerte. Cuando llegó a la costa mexicana, las condiciones parecían ser muy propicias para un éxito, al menos transitorio, de Santa-Anna. Aunque él no lo supo en ese momento, la guarnición de Tam-

pico se había levantado en armas y se había declarado en su favor el 26 de mayo, enviando a un agente a la Habana para que lo buscara y lo invitara a esa ciudad.¹⁹ La ciudad de Veracruz, sitiada por las fuerzas liberales, al mando del general Benavides, estaba a punto de rendirse, bajo condiciones estipuladas, tras mucho negociar, por el cónsul británico y el cónsul norteamericano en Veracruz y con la ayuda de los oficiales que comandaban los navíos de la armada británica y de la norteamericana en el puerto, capitán Murray Aynsley, del vapor inglés "Jason", y comandante F. A. Roe, del vapor norteamericano "Tacony". Los dos cónsules acababan de regresar al puerto, el 2 de junio, con los acuerdos necesarios para la rendición pacífica de Veracruz al general Benavides. Los funcionarios imperiales aceptaron las condiciones y ordenaron el cese del fuego.²⁰ Justamente al día siguiente llegó a Veracruz el buque "Virginia", trayendo a bordo al único hombre que hubiera podido suscitar entre el pueblo que defendía a Veracruz el suficiente entusiasmo para hacer retroceder a los liberales, al único capaz de dar inspiración y guía a una causa que carecía de jefe y que se estaba desintegrando rápidamente.

EN CUANTO SE SUPO la presencia de Santa-Anna, los jefes imperiales, encabezados por el comisario imperial, Domingo Bureau, y el comandante imperial, general Antonio Taboada, hicieron una visita al "Virginia". Santa-Anna les explicó que había venido a México con el conocimiento y el apoyo del presidente Johnson, y que su finalidad era sustituir el imperio con una república que estuviera bajo su dirección. Afirmó que venían en camino otros barcos y tropas para apoyarlo. Como el "Virginia" ancló bajo los cañones de la fortaleza de San Juan de Ulúa, y como su comandante era amigo personal de Santa-Anna, éste y su séquito pudieron desembarcar y pasar la noche del 3 de junio en la fortaleza. En la ciudad reinaba gran excitación, y las autoridades imperiales se reunieron esa noche a las 10 para decidir lo que habría que hacer. Se dio oportunidad para declarar su posición a cada uno de los funcionarios, entre ellos al comandante de la división naval de Veracruz, que, cosa curiosa, no era otro que

Tomás Marín. Por lo que se dijo en esa reunión se ve claramente que los funcionarios del imperio estaban convencidos de que Santa-Anna no sólo venía con el apoyo del gobierno norteamericano, sino también con la seguridad de que pronto desembarcarían las tropas de los Estados Unidos en Veracruz. Muchos expresaron el deseo de renunciar a sus puestos, pero algunos dijeron enfáticamente que defenderían la causa imperial hasta lo último. Cuando el asunto se puso a votación, la mayoría votó por que no se permitiera a Santa-Anna desembarcar en Veracruz.²¹ Cuando, unos días más tarde, se anunció oficialmente la caída de Querétaro y la prisión del emperador, el general Santiago Cuevas, del ejército imperial, escribió al periódico *La Imparcialidad* una carta que vino a demostrar cuán acertados habían estado los funcionarios imperiales que decidieron no permitir el desembarco a Santa-Anna.²²

Entre tanto, en la fortaleza de San Juan de Ulúa, Santa-Anna debe de haber presentido lo que ocurriría, pues el 4 de junio su amigo, el comandante del fuerte, fue destituido de su mando por las autoridades imperiales de Veracruz. Sin embargo, ese mismo día lanzó Santa-Anna la inevitable proclama en que invitaba a todos los mexicanos a congregarse en torno suyo; y parece que el entusiasmo popular por su causa fue en aumento a medida que se difundían los rumores de la captura de Maximiliano.²³ Después de pasar día y medio en San Juan, Santa-Anna regresó al "Virginia", en espera de que terminaran los preparativos para su recepción. Uno de sus acompañantes afirmó más tarde que las autoridades imperiales cambiaron de opinión y que el día 6 de junio, a las 10 de la noche, enviaron a Santa-Anna un documento firmado por ellos, en que lo invitaban a bajar a tierra y en que afirmaban estar dispuestos a declararse en favor de la república. Se dice también que en la mañana del 7 de junio subió a bordo el comisario imperial y dijo a Santa-Anna que la ciudad se hallaba preparada para recibirlo aquella tarde y que se estaban tomando las medidas necesarias para que desembarcara y asumiera el mando del principal puerto de México en ese momento crítico de su historia.²⁴

Los cónsules británico y norteamericano, que acababan de concluir las negociaciones para una rendición pacífica de Veracruz a las fuerzas liberales, vieron con malos ojos la llegada de Santa-Anna. El comandante Roe se dirigió al consulado inglés la tarde del día 7, y vio a la ciudad en gran estado de excitación y en peligro de que estallara una lucha abierta entre los que defendían el desembarco de Santa-Anna y los que se oponían a él. En el consulado no sólo se encontró con los dos cónsules, sino también con Aynsley, capitán del "Jason". Los cuatro hombres se pusieron a hablar sobre lo podrían hacer para liberarse de la presencia de Santa-Anna en Veracruz, que ellos juzgaban peligrosa. El día anterior el cónsul norteamericano (E. H. Saulnier) y el cónsul inglés habían aceptado una invitación de Santa-Anna para visitarlo a bordo del "Virginia". El cónsul norteamericano informó más tarde al secretario de Estado Seward que Santa-Anna había charlado con él durante una hora "manifestándome que vino aquí a petición del presidente Johnson y de usted, previo convenio de que se le apoyaría con hombres y con dinero y de que se le daría la preferencia sobre el presidente Juárez".²⁵ Después de discutir un rato en el consulado, Saulnier decidió escribir una carta a Roe para informar al comandante naval que el cónsul juzgaba tan falso lo que Santa-Anna decía del apoyo oficial norteamericano como las declaraciones del comisario imperial de que no se permitiría el desembarco de Santa-Anna. Saulnier continuaba:

Me temo que mientras continúe aquí Santa-Anna estemos en peligro de que estalle una revolución en su favor. Por ello me permito preguntarle respetuosamente si no sería prudente evitar ese acontecimiento; le sugiero, pues, que dos o más soldados del barco de usted se coloquen a bordo, a fin de evitar que ese nuevo elemento de discordia venga a caer entre nosotros o que se quede aquí para producir más dificultades; el dicho barco podría llevarse.

El buque partirá de aquí mañana en la mañana a las 10, pero tememos que haya trastornos esta noche.²⁶

Con esta orden del cónsul en la mano, el comandante naval norteamericano se dispuso a ejecutarla. Como el día llegaba a su término y el "Tacony" se encontraba a cierta distancia,

acudió al capitán Aynsley pidiéndole permiso de usar el cúter que pertenecía al "Jason". Con el objeto de dar a esta misión un sabor realmente internacional, se hizo una cosa única quizá en la historia, que fue coser una con otra las banderas inglesa y norteamericana e izarlas en un mismo mástil en el cúter. Este, tripulado por doce marineros ingleses y llevando a bordo a los oficiales navales británico y norteamericano, se acercó al "Virginia". Por medio de un intérprete, el comandante Roe pidió al general Santa-Anna que lo acompañara a bordo del "Tacony" y pasara ahí la noche. Viendo que Santa-Anna se negaba, Roe declaró, según se dice, que "debía ir por las buenas, y si no, lo llevaría por las malas"; y, más tarde, que "lo llevaría aunque tuviera que romperle la otra pierna al condenado viejo sinvergüenza".²⁷ Santa-Anna acabó por aceptar y fue llevado al "Tacony" en el cúter inglés. Fue alojado en el camarote del oficial comandante, mientras en tierra la multitud aguardaba en vano el desembarco de ese hombre en quien confiaba para vencer al ejército liberal que asediaba a Veracruz.²⁸

El comandante Roe había ordenado a Deakin, capitán del "Virginia", que al día siguiente, al salir de Veracruz, llevara su barco junto al "Tacony"; así lo hizo Deakin el 8 de junio, cerca del medio día. El cónsul norteamericano acompañó al "Virginia" y vigiló el traslado de Santa-Anna desde el "Tacony". El "Virginia" partió entonces de Veracruz seguido por el "Tacony", y los dos buques no se separaron hasta recorrer unos treinta y dos kilómetros en mar abierto, y cuando el "Virginia" iba ya bien encaminado a su siguiente escala, el puerto de Sisal.²⁹

Al informar a su superior acerca de este incidente, el comandante Roe declara sin ambages que en la noche del día 7 y la mañana del 8 todo estaba preparado para un golpe de estado de Santa-Anna. El viejo general mexicano había llegado a bordo de un navío norteamericano, declarando que contaba con el apoyo oficial de los Estados Unidos para fomentar una rebelión contra un gobierno con el cual los Estados Unidos mantenían relaciones amistosas. Además, y me parece que en esto está el punto crucial del asunto, la llegada de

Santa-Anna había impedido que se llevara a término la rendición pacífica de la ciudad a las fuerzas liberales según las condiciones penosamente negociadas por los cónsules norteamericano e inglés y finalmente aceptados por ambas partes justo un día antes de que la llegada de Santa-Anna causara en la ciudad y en los funcionarios imperiales tan gran conmoción. Roe decía en su informe:

La revolución estaba a punto de estallar y sólo necesitaba de la llama de ese viejo incendiario para producir funestas y terribles escenas en Veracruz... La mañana del día 8 debía presenciar una serie de honores reales y la iniciación en el poder de este señor Santa-Anna. Pero con ello también se habrían iniciado el asesinato, el derramamiento de sangre y la revolución, y esto en el sagrado nombre de mi gobierno. Se ha evitado tal profanación; y Santa-Anna se encuentra en alta mar seguro, y, según espero, tranquilo y feliz.³⁰

El final de la historia de Santa-Anna puede contarse en dos palabras. Fue en el "Virginia" hasta Sisal, donde, pese a las protestas del capitán Deakin, las autoridades yucatecas lo llevaron a tierra por la fuerza. De ahí fue trasladado a Campeche y luego a Veracruz, donde se le dejó prisionero en la fortaleza de San Juan de Ulúa en espera de que se le formara juicio. Éste tuvo lugar en octubre; Santa-Anna fue nuevamente condenado al destierro. Partió para la Habana el 1º de noviembre. Su último intento de recobrar el poder había sido un lamentable fracaso.³¹ La consolidación de la victoria liberal por el presidente Juárez pudo entonces progresar sin estorbos, pues gracias a la intervención de la armada norteamericana había desaparecido aquella grave amenaza.

NOTAS

¹ Circular citada en Niceto de ZAMACOIS, *Historia de México*, México, 1876-1882, t. 15, pp. 851-854.

² William R. MANNING, *Diplomatic correspondence of the United States: Inter-American affairs 1831-1860*, Washington, 1937, t. 9, pp. 1137-1141.

³ J. M. CALLAHAN, "The Mexican policy of Southern leaders under

Buchanan's administration", *American Historical Association Annual Report* (1910), pp. 146-150.

⁴ Fernando I. CALDERÓN, *Las supuestas traiciones de Juárez, México, 1907*, p. 276.

⁵ *Ibid.*, pp. 279-280; T. ESQUIVEL OBREGÓN, *Apuntes para la historia del derecho en México, México, 1948*, t. 4, p. 589.

⁶ Circular del 25 (23) de febrero de 1860, en CALDERÓN, *op. cit.*, p. 276; carta de Santos Degollado, secretario de Relaciones Exteriores de México, a Charles L. D. Elgee, encargado de negocios de los Estados Unidos (24 de febrero de 1860), en MANNING, *op. cit.*, t. 9, p. 1165.

⁷ CALDERÓN, *op. cit.*, pp. 286-287.

⁸ T. Turner, comandante del "Saratoga", a J. R. Jarvis, comandante del "Savannah" (8 de marzo de 1860), Thirty-sixth Congress, First Session, Senate Executive Document N^o 29, pp. 5-11.

⁹ *Ibid.* Al informe del comandante Turner van anexas varias declaraciones escritas.

¹⁰ Jarvis a Isaac Toucey, secretario de Marina (11 de marzo de 1860), Thirty-sixth Congress, First Session, Senate Executive Document N^o 29, pp. 3-4.

¹¹ ESQUIVEL OBREGÓN, *op. cit.*, t. 4, pp. 590-595.

¹² Juárez a Epitacio Huerta (s.f.), citado por Agustín ANFOSSI, *Apuntes de historia de México, México, 1951*, p. 222.

¹³ Wilfrid H. CALLCOTT, *Santa-Anna, Norman, Oklahoma, 1936*, pp. 337-338.

¹⁴ Para mayores detalles, véase Thirty-ninth Congress, Second Session, House Executive Document N^o 17.

¹⁵ *Ibid.*, p. 55.

¹⁶ Cf. Mary W. WILLIAMS, "Reverdy Johnson", *Dictionary of American Biography*, Nueva York, 1946, t. 10, pp. 112-114.

¹⁷ Memorándum del 30 de abril de 1867, Papers of John T. Pickett, t. 2, Library of Congress, Washington.

¹⁸ Carta sin firma ni fecha, Pickett Papers, t. 3.

¹⁹ Documento del 26 de mayo de 1867, Pickett Papers, t. 2.

²⁰ F. A. Roe, comandante del "Tacony", a J. A. Winslow, comandante del "Gulf Squadron", 13 de junio de 1867, Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document N^o 20, p. 102.

²¹ *La Imparcialidad* (Veracruz), 9 de junio de 1867, en Consular Despatches, Veracruz, t. 10, National Archives, Washington. Puede encontrarse una traducción parcial al inglés en Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document N^o 20, pp. 81-83.

²² *La Imparcialidad*, 11 de junio, 1867, en Consular Despatches, Veracruz, t. 10. Traducción inglesa en Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document N^o 20, p. 84.

²³ Proclama del 4 de junio de 1867, Pickett Papers, t. 2. Traducción inglesa en Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document

Nº 20, p. 114. Declaración de Hans Casper, Baron von Nostlitz, 24 de junio de 1867, Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document Nº 20, pp. 108-109.

24 *Ibid.*, p. 109.

25 Saulnier a Seward, 12 de junio de 1867, Consular Despatches, Veracruz, t. 10.

26 Saulnier a Roe, 7 de junio de 1867, Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document Nº 20, p. 100.

27 Declaración del Barón von Nostlitz, *loc. cit.*, pp. 109-110.

28 *Ibid.*; declaración de Edward Gottlieb, intérprete (21 de junio de 1867) Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document Nº 20, pp. 92-93; declaración jurada de John Deakin, comandante del "Virginia", y otros (8 de junio de 1867), Fortieth Congress, First Session, Senate Executive Document Nº 20, pp. 91-92; Deakin a Edward Turner, propietario del "Virginia" (15 de junio de 1867), Pickett Papers, t. 2.

29 Roe a Winslow (13 de junio de 1867), *loc. cit.*; Saulnier a Seward (12 de junio de 1867), *loc. cit.*

30 Roe a Winslow, *loc. cit.*

31 CALLCOTT, *op. cit.*, pp. 346-350; declaración del Barón von Nostlitz, *loc. cit.*, p. 110; alcance al *Diario de la Habana*, 17 de junio de 1867, Pickett Papers, t. 2; declaración de Deakin (5 de julio, 1867), Pickett Papers, t. 2.